

Las multitudes

Un pez me sube y baja por la garganta y cierra mi apetito a su antojo. Salgo a la terraza. Luce frondosa y la pureza del oxígeno me punza. Lleno los pulmones de humo para que no desaparezcan en autofagia. Mi reflejo en el ventanal que queda en frente me sonrío nervioso y pienso que esta debe ser una de esas veces en las que tengo que actuar sin barajar las consecuencias.

Cojo mi mochila y bajo contando los escalones. Noventa y tres, noventa y cuatro, noventa y... En cuanto salgo a la calle, echo a correr. La maleta me golpea rítmicamente la parte baja de la espalda como si me estuviera consolando. Esquivo a un señor que me insulta. Los cláxones de los coches suenan a mi paso, pero no me detengo. Corro. Corro lo más rápido que mis piernas me permiten. Corro, para no arrepentirme.

Comienzo a notar el ardor en mis extremidades por el esfuerzo al que las estoy sometiendo. Trato, por todos los medios, de no mirar a nadie para no sentir el vínculo. Atravieso el espacio como si hubiera afilado mi cuerpo antes de salir de casa. Aire extraño, aire frío. La *a*, la *i*, la *r*, la *e*. La rara, la miedosa, la correcta.

Llego al lugar de los espejos. Cierro los párpados y preparo las manos para que sustituyan a mi vista. Sé que todos me están mirando, aunque nadie me esté viendo, de hecho, yo tampoco quiero hacerlo. Alcanzo a tientas la fuente y levanto una mano. *La segunda mesa a la derecha*, me indican. Aguanto la respiración y entro siguiendo el impulso inconsciente que me empuja a girar el pomo, a propiciar el encuentro, aunque mi cuerpo se deshaga en pequeñas bolas que queden esparcidas por el suelo y me supongan una trampa.

Me he hecho un ovillo sobre la silla. Me encojo sentada en uno de los rincones que quedan al final de la plaza sin moverme. Me protejo en mi espacio vital disfrazado de arte, con las paredes forradas de capas gruesas de papel pintado para que nadie pueda atravesarlas. El rojo de mis labios ya forma parte de la copa de vino que trae el camarero y me planteo si tal vez me estoy deshaciendo.

Una canción absurda se me repite en la cabeza mientras intento concentrarme en algo. Lo que sea que haga que el tiempo avance. *A veces me siento sola*, pienso, *con la cantidad de cosas pendientes que tengo por hacer, y pierdo el tiempo en sentirme sola*. Cambiar las sábanas, limpiar el polvo, rellenar documentos, comprar comida, pedir un abrazo, son algunas de las tareas que llevan semanas escritas en la pizarra de la cocina.

La palabra sola, ocupa ahora todo el espacio.

S O L A

S o I A

S o L a

S O L a

Él pide permiso y le digo que pase. Me habla mientras miro al punto exacto que queda entre sus cejas. *He cometido el error de mirarlo a los ojos*, me digo. Me quedo encerrada en el canela montañoso bordeado de vegetación. Creo que aún estoy a tiempo de decidir si quiero arriesgarme a no encontrar el camino de vuelta. Asiento con la cabeza. Emito unos sonidos robóticos que imitan a la risa. Me despido con un abrazo en el que apenas lo rozo. Él alarga la acogida de la que intento zafarme por inercia. Insiste, no me suelta, hasta que, al final, consigue cavar un agujero en mi muro.

Quedo herida. Con un hueco que me ha llevado años tapar y que, de nuevo, permanece al descubierto y a la vista de cualquiera. Un sacrificio en apenas unos segundos. La introvertida, la cobarde, la que prefiere imaginar y no hace. Él se va. La acorazada, la peculiar, la insegura. Ahora yo y todas ellas persiguiéndome. Ahora yo, con los ojos abiertos, arrastrándolas conmigo. Todas esas mujeres que me obligan a mirar y que siempre me ponen en peligro.

Vuelvo a casa. Intento aligerar el paso, pero mis piernas, agotadas por el camino, no responden y me siento forzada a observar. Demasiada claridad, demasiado ruido, demasiado expuesta. Pienso que no quiero, que se pueden elegir los deseos, que no es nada más que la química del cuerpo. Me juzgo, que cómo ha podido pasarme esto a mí, que estoy a tiempo de revertirlo. La callada, la huidiza, la independiente.

S O L A

S o I A

S o L a

S O L a

He recibido esa sentencia muchas veces. ¿Realmente es tan horrible? Hace mucho que no lo pienso, ni siquiera he tenido tiempo para pararme a extrañar al otro, pero, las visitas de mamá, siempre me dejan un poso de remordimientos heredados.

Has perdido peso, estás mejor así, pareces otra, ... dicen todas esas personas que se toman la licencia de opinar sobre físico ajeno. Si me preguntaran cuál es el secreto, lo tendría claro: Meterse la soledad en el cuerpo.

Los próximos días se convierten en una incertidumbre con aristas cortantes y mi defensa titubea como una luz a punto de fundirse. Fantaseo con el próximo día que nos veamos y soy consciente de mi contradicción. Cada vez que cierro los ojos, me observo allí, esperando junto a la fuente. *Qué dije, cómo lo dije, ...* Un abrazo, —revivido— que invoca un estropicio o, peor aún, el rechazo. La ególatra, la jueza, la impermeable. Dice Pizarnik que tiene miedo de ese gran NO que se le sube a la cabeza.

Me pregunto si realmente importa una respuesta ajena, o si tal vez lo único significativo es que, con mis compañías, ya no me siento tan sola.

S O L A

S o l A

S o L a

S O L a

Dejo que las letras me calen hasta que se me olvidan sus ojos. Me acomodo en la cama. «Estoy entre la gente. Detrás de cada uno vive una tribu que no veo», leo en Sanin.

Mis cuatro letras. La s, la o, la l, la a. Las abrazo sobre el colchón que ahora está caliente, estiro la sábana sobre ellas y me marcho.

Últimamente es mi pasatiempo preferido. Y se me van las horas en plantearme, por ejemplo, que pasatiempo es una palabra del todo desagradecida con la existencia. O en que soy una hormiga, que lo somos todos. Y recuerdo que, cuando tenía cinco años, papá me dijo que quería reencarnarse en una mosca, para ver las cosas desde arriba y vivir sólo tres días.